



TEMA 10. El mensaje de Lourdes, preparación para la Cuaresma

Cada 11 de febrero, la Iglesia recuerda la memoria de **Nuestra Señora de Lourdes**. Fue en un día como ése de 1858 cuando la Santísima Virgen se apareció a una jovencita pobre y casi inculta en esta localidad de los Pirineos. Sería la primera de dieciocho apariciones en las que María daría un mensaje que ha tenido gran influencia en toda la Iglesia. Es el mismo **mensaje del Evangelio**, pero con acentos maternos muy característicos.

Este mensaje puede sernos de gran ayuda para prepararnos y para vivir la Cuaresma, que estamos a punto de empezar. He aquí algunos de sus rasgos más fundamentales:

1. Dios escogió lo débil del mundo para confundir a los fuertes (cf. 1Co 1, 27)

La Virgen escoge como confidente de su mensaje a una joven adolescente, **Bernadette Soubirous**. A pesar de tener catorce años, Bernadette no sabe hablar francés. Sólo habla el dialecto *patois* de esa zona de los Pirineos, que será el idioma en el que le hablará Nuestra Señora. Aunque ya es una adolescente, no ha hecho todavía la primera comunión. Las dificultades económicas de su familia y sus problemas de salud le han hecho difícil tener tiempo para su educación. Además, su cabeza es incapaz de retener el catecismo y, aunque los meses anteriores a las apariciones ha intentado aprenderlo, todo ha sido inútil. Está enferma desde su infancia. Tiene asma, que se ve agravado por las condiciones miserables en que vive su familia, en una antigua cárcel húmeda y sin apenas ventilación, un lugar que les han cedido por compasión, pero en el que nadie quería vivir. Bernadette y su familia son contemplados con lástima por la gente de Lourdes. Cuando meses más tarde una señora distinguida de la ciudad quiera conocer a la vidente de la Virgen, al contemplarla dirá: «¿Esto es Bernadette?»

El lugar de las apariciones, la **gruta de Massabielle**, es antes del 11 de febrero de 1858 un lugar considerado impuro. Se la conoce a veces como *la gruta de los cerdos*, porque allí se llevaban a menudo las pjaras de estos animales, y allí se quemaban también en ocasiones las vendas infectadas procedentes de los enfermos del hospital. Será, sin embargo, el lugar escogido por la providencia para estos encuentros sobrenaturales, como también fue escogida la gruta de Belén para ser testigo del momento más grandioso de la historia humana.

«Lo necio del mundo lo ha escogido Dios para humillar a los sabios, y lo débil del mundo lo ha escogido Dios para humillar lo poderoso. Aún más, ha escogido la gente baja del mundo, lo despreciable, lo que no cuenta, para anular a lo que cuenta» (1Co 1, 27-28).

2. Saber esperar los tiempos de Dios

El 10 de febrero de 2008, la víspera del 150º aniversario de las apariciones, monseñor Perrier, obispo de Tarbes-Lourdes, presidió el rosario de las antorchas en el santuario. Al concluir, dirigió unas hermosas palabras a los presentes. Reflexionaba que hace 150 años, esa noche Bernadette se fue a la cama en medio de sus dificultades habituales, en el calabozo que servía de vivienda a su familia, en medio de la pobreza y con la tos de su asma que la asfixiaba por momentos. No podía ella imaginar que, al día siguiente, su vida cambiaría para siempre.

También en nuestra vida sucede algo parecido. Las cruces y las pruebas de cada día nos rodean, a veces parece que Dios se esconde, y que fracasamos una y otra vez en nuestros buenos propósitos. La **confianza de santa Bernadette** es una luz para nosotros. No se queja, no se lamenta amargamente, confía en el buen Dios y le agradece el amor de su familia. No se agobia por el mañana, y no puede imaginar que su vida se va a transformar de manera radical. Hemos de saber esperar los tiempos de Dios.

«El Señor no retrasa su promesa, como piensan algunos, sino que tiene paciencia con vosotros, porque no quiere que nadie se pierda, sino que todos accedan a la conversión» (2P 3, 9).

3. La sonrisa de María

Una de las características de las apariciones de Lourdes es la alegría que, sobre todo en las primeras ocasiones, inundaba el corazón de santa Bernadette en cada encuentro con la Madre de Dios. Desde la primera aparición, en la que ella se encontraba sorprendida y turbada, la sonrisa de María devolvió a la vidente la confianza. «El 11 de febrero de 1858 [...] Bernadette Soubirous vio una luz y, en la luz, una mujer joven "hermosa, la más hermosa". La mujer le habló con dulzura y bondad, respeto y confianza: "Me hablaba de Usted (narra Bernadette)... ¿Querrá Usted venir aquí durante quince días? (le pregunta la Señora)... Me miró como una persona que habla a otra persona". En la conversación, en el diálogo impregnado de delicadeza, la Señora le encarga transmitir algunos mensajes muy simples sobre la oración, la penitencia y la conversión» (Benedicto XVI). Esa sonrisa y delicadeza de María devuelven la dignidad a Bernadette.



«Aquí, en Lourdes, durante la aparición del miércoles, 3 de marzo de 1858, Bernadette contempla de un modo totalmente particular esa sonrisa de María. Ésa fue la primera respuesta que la Hermosa Señora dio a la joven vidente que quería saber su identidad. Antes de presentarse a ella algunos días más tarde como "la Inmaculada Concepción", María le dio a conocer primero su sonrisa, como si fuera la puerta de entrada más adecuada para la revelación de su misterio» (Benedicto XVI).

«Este sonreír de María es para todos, pero se dirige muy especialmente a quienes sufren», añadirá el Papa. La sonrisa de María nos llena de luz, también de cara a los días de Cuaresma que vamos a vivir. «No te prometo hacerte feliz en este mundo, sino en el otro», le dirá la Virgen a Bernadette en la tercera aparición, la primera en la que habla.

4. «Penitencia, penitencia, penitencia»

La fiesta de Lourdes es siempre un anticipo de la Cuaresma. El mensaje de las apariciones nos habla con toda claridad de la penitencia y de la necesidad de conversión.

«En la sexta de las apariciones (21 de febrero), Bernadette escucha unas palabras que la obsesionarán toda la vida. "Apartando de mí su mirada, la dirigió a lo lejos, por encima de mi cabeza. Enseguida, volviéndola sobre mí, me dijo: "Ruega a Dios por los pecadores"» (P. Morales).

En la aparición del 24 de febrero la Santísima Virgen habla a Bernadette: «¡Penitencia, penitencia, penitencia! Reza a Dios por la conversión de los pecadores». «Luego me rogó que subiera de

rodillas hacia el fondo de la gruta y que besara el suelo en señal de penitencia por los pecadores». Estos gestos y otros, que a veces le acarrearán incomprendimientos por parte de los testigos de las visiones –que incluso la creerán loca–, serán signos penitenciales que la Virgen le mandará repetir en diferentes ocasiones. Así, María le pedirá que coma algunas hierbas que crecían al fondo de la gruta y que beba el agua (en un primer momento llena de barro) que brotaba de la incipiente fuente.

El sentido de estos gestos lo asocia la Virgen a pedir por la conversión de los pecadores. Es el Corazón maternal de María angustiado por la suerte de sus hijos. Quiere «que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad» (1Tm 2, 4). Nuestra **mortificación** es fuente de gracias para la salvación de muchos que no conocen el Amor o que, conociéndolo, lo rechazan.

Una invitación a vivir esta Cuaresma en clave de **conversión**, dominando nuestras pasiones, uniéndonos a Cristo en su Pasión, consolando el Corazón de Dios, purificándonos de nuestros pecados.

5. El agua. «Ve a lavarte a la fuente»

Uno de los signos más propios del santuario de Lourdes es el agua. El 25 de febrero, novena aparición, la Virgen le dice a la vidente: «**Ve a beber y a lavarte a la fuente**». Bernadette no ve más señal de agua que el río Gave a sus espaldas y se vuelve para dirigirse a él. La Señora la detiene y le hace señas que indican la base de la gruta. Allí ve tierra humedecida y, siguiendo las indicaciones de María, comienza a escarbar. Al principio se forma un pequeño charco de agua fangosa, pero en los días siguientes se convertirá en un verdadero manantial.

También en esta Cuaresma, la Virgen nos dice: «**Ve a beber y a lavarte a la fuente**». Esta fuente que nos sacia y que nos limpia brota del costado abierto del Salvador en la Cruz. Son sus sacramentos. Es un tiempo de gracia para frecuentarlos más. Dejémonos limpiar a menudo en el Sacramento de la **Penitencia**. Alimentémonos del agua viva que es Cristo en la **Eucaristía**. Acudamos a una **oración** más asidua, verdadero manantial de gracia para nosotros.

El corazón del hombre, herido por el pecado, encuentra una buena representación en la gruta de Lourdes. Pero en el fondo de la gruta, en el fondo de ese corazón, está la vida misma de Dios, representada en la fuente. Es la sed de eternidad que grita en nuestro interior y que este mundo no puede saciar.

6. La luz

«El encuentro con el rostro luminoso de Bernadette conmovió los corazones y las miradas. Tanto durante las apariciones mismas como cuando las contaba, **su rostro era radiante**. Bernadette estaba transida ya por la luz de Massabielle. La vida cotidiana de la familia Soubirous estaba hecha de dolor y miseria, de enfermedad e incomprendimiento, de rechazo y pobreza. Aunque no faltara amor y calor en el trato familiar, era difícil vivir en aquella especie de mazmorra. Sin embargo, las sombras terrenas no impedían que la luz del cielo brillara. “La luz brilla en la tiniebla” (Jn 1, 5).

Lourdes es uno de los lugares que Dios ha elegido para reflejar un destello especial de su belleza, por ello la importancia aquí del **símbolo de la luz**. Desde la cuarta aparición, Bernadette, al llegar a la gruta, encendía cada mañana una vela bendecida y la tenía en la mano izquierda mientras se aparecía la Virgen. Muy pronto, la gente comenzó a dar a Bernadette una vela para que la pusiera en tierra al fondo de la gruta. Por eso muy pronto, algunos comenzaron a poner velas en este lugar de luz y de paz.

La misma Madre de Dios hizo saber que le agradaba este homenaje de **miles de antorchas** que, desde entonces, mantienen iluminada sin

cesar, para su gloria, la roca de la aparición. Desde entonces, ante la gruta, día y noche, verano e invierno, un enramado ardiente brilla rodeado de las oraciones de los peregrinos y enfermos, que expresan sus preocupaciones y necesidades, pero sobre todo su fe y su esperanza (Benedicto XVI).

La luz de la fe ilumina las tinieblas de nuestro corazón. También nosotros hemos experimentado que Dios nos ilumina. Cuando Él crece y nosotros menguamos, nos convertimos en luz. La Cuaresma es una **llamada a acrecentar la luz** de nuestro corazón mediante la renuncia (ayuno), la generosidad con los demás (limosna) y el diálogo amoroso con el Señor (oración). En la medida en que seguimos a Cristo-Luz, en que vivimos como vivió Él, en que cultivamos nuestras virtudes, en esa medida somos sal de la tierra y luz del mundo.

7. La Virgen de los enfermos

Lourdes es, por excelencia, el santuario de los enfermos que buscan la **salud del cuerpo y del alma**.

La noche del 1 de marzo, una conocida de Bernadette, Catalina Latapie, que se había dislocado el brazo, lo sumergió en la fuente de Massabielle. Inmediatamente quedó restablecido. Fue la primera curación milagrosa de Lourdes, todavía cuando las apariciones estaban en curso.

Desde entonces, los enfermos han acudido sin cesar en busca de la curación. Muchos no sanan de sus enfermedades, pero se sienten curados de sus heridas interiores, confortados por la dulce presencia de María. Otros, se han añadido a la lista de milagros oficialmente estudiados y reconocidos.

Al contemplar las caravanas de enfermos que acuden en sus carritos al rosario de las antorchas cada día, no es difícil experimentar la gracia de que la verdadera enfermedad no es la física, sino la espiritual, el pecado. La Cuaresma es un momento para dejarnos sanar las heridas por Aquel que «**llevó nuestros pecados en su cuerpo hasta el leño. Con sus heridas fuisteis curados**» (cf. 1P 2, 24).

8. «Yo soy la Inmaculada Concepción»

Las apariciones de Lourdes se producen sólo cuatro años después de la proclamación del **dogma de la Inmaculada Concepción** por parte del beato Pío IX. El párroco de Lourdes, el padre Peyramale, se mostró muy reacio a creer en las apariciones y cuando Bernadette le decía que aquella Señora le pedía una capilla en el lugar, le solía responder tajante: «**Si de verdad la Señora quiere una capilla, que diga su nombre y haga florecer el rosal de la Gruta.**»

Finalmente, en una de las últimas apariciones, el 25 de marzo, la Virgen dijo finalmente estas palabras ante las preguntas de la vidente: «**Yo soy la Inmaculada Concepción**».

«**María le desvela de este modo la gracia extraordinaria que Ella recibió de Dios, la de ser concebida sin pecado, porque “ha mirado la humillación de su esclava” (cf. Lc 1,48). María es la mujer de nuestra tierra que se entregó por completo a Dios y que recibió de Él el privilegio de dar la vida humana a su eterno Hijo. Ella es la hermosura transfigurada, la imagen de la nueva humanidad. De esta forma, al presentarse en una dependencia total de Dios, María expresa en realidad una actitud de plena libertad, cimentada en el completo reconocimiento de su genuina dignidad. Este privilegio nos concierne también a nosotros, porque nos desvela nuestra propia dignidad de hombres y mujeres, marcados ciertamente por el pecado, pero salvados en la esperanza, una esperanza que nos permite afrontar nuestra vida cotidiana. Es el camino que María abre también al hombre. **Ponerse completamente en manos de Dios, es encontrar el camino de la verdadera libertad. Porque, volviéndose hacia Dios, el hombre llega a ser él mismo. Encuentra su vocación original de persona creada a su imagen y semejanza**» (Benedicto XVI).**